

DE MUROS, FRONTERAS Y OTROS BORDES

Notas para una historia crítica del muro
como elemento arquitectónico

Of Walls, Frontiers and Other Borders:
Notes on a Critical History of the Wall as an Architectural Element

William Brinkman-Clark

Nosotros damos forma a nuestros edificios,
después son ellos los que nos forman.
Winston Churchill

En “El subconsciente en el muro,” ensayo publicado recientemente por el arquitecto Arturo Ortiz, se reflexiona sobre la reacción que se ha tenido en México ante la propuesta del antes candidato y ahora presidente de Estados Unidos para construir un gran muro a lo largo de la frontera entre ambos países. Ortiz confiesa sentir cierta ambigüedad frente a la postura nacional que ante el muro se desplegó en los medios de comunicación. Si bien, como afirma, no puede haber duda de que la iniciativa del presidente estadounidense es una “estupidez mayúscula,” parece haber cierta hipocresía en el enfado generalizado hacia lo que se ha considerado como una ofensa. El arquitecto nos recuerda que el país ofendido “es el país de los muros,” y que los ofendidos, en su gran mayoría, no sólo “tenemos la extraña y sistemática costumbre de levantar muros” sino que procedemos a “ponerles cristales rotos en la parte superior, algunos serpentines con navajas, alambres de púas y cables electrificados,” todo para que, al final, “logremos marcar propiamente el límite de un fraccionamiento, casa, centro comercial, oficina, negocio, escuela y/o alguna oficina gubernamental.” La pregunta es, entonces, ¿por qué nos ofende el muro propuesto por el gobierno estadounidense? ¿Ofende porque se entiende como una división que deslinda a los de allá como un grupo homogéneo cuyo atributo en común es que no quieren tener nada que ver con los de acá? O peor: ¿ofende porque hay algunos de acá que se identifican más con los de allá y se sienten insultados cuando son vistos como parte de ese grupo del cual hay que defenderse? Sea cual sea el caso, el ensayo de Ortiz revela que la función de un muro es bien conocida por los



Arnold Böcklin, *Island of the Dead*, 1883

mexicanos, que las prácticas de deslindar y separar no nos son ajenas y que, en efecto, parece un poco extraño que “con el gusto enorme y endémico que hay en México por sus muros [...] resulta que ahora el nuevo, propuesto desde el norte de la frontera, nos da un especie de terror.”¹

Parece claro que la intención de construir un gran muro a lo largo de la frontera no es meramente funcional. Me cuesta trabajo pensar que alguien de la administración estadounidense en verdad crea que dicha acción detendrá los flujos migratorios que se llevan a cabo en los más de 3 000 kilómetros de frontera. Lo importante aquí es entender esa otra dimensión que conlleva la construcción de un muro y lo que puede significar una vez construido más allá de si logra o no cumplir con su función. Si bien la extrañeza ante un sentimiento de rechazo, general y homogéneo, es el hilo conductor de las ideas de Ortiz, personalmente me intrigó más otra cara de su ensayo: la que nos recuerda qué tanto prevalecen los muros en nuestra sociedad contemporánea y que nos lleva a reflexionar sobre el lugar del muro en la materialidad de un mundo cuya cultura, irónicamente, se vuelve cada día más homogénea. Dentro de la situación actual, construir muros fácilmente podría llegar a ser interpretado como un acto propio de la naturaleza humana, pero tal afirmación sólo denotaría cierta desidia analítica. Aunque la construcción de muros es algo que se ha realizado en todos los rincones de nuestro planeta y durante la totalidad de nuestra historia, reducirla a un mero instinto de protección o a un rasgo propio de nuestra especie implicaría olvidar el enorme potencial semántico y simbólico que guarda el muro, es decir su proyección y su construcción. Habría que buscar, por tanto, en otra parte. Encontrar ese recurso que nos permita acceder a todas las dimensiones que el presente y la historia del muro, en tanto elemento

arquitectónico, tienen por ofrecer. En este texto quiero hablar sobre un par de muros; dos de los casos más antiguos, cada uno con una dimensión que excede su funcionalidad. Después haré una sugerencia sobre las herramientas que podrían utilizarse para interpretar estas historias y volver más crítica nuestra postura sobre la historia del muro y, por supuesto, sobre los muros contemporáneos y futuros.

Entre muro y prostitución

Quizá el muro más antiguo del que tenemos evidencia que puede dar cuenta de su dimensión simbólica es el de la ciudad de Jericó. El libro de Josué, que relata la conquista de Canaán por parte de los israelitas, menciona los muros de Jericó y el modo en que fueron destruidos por el ejército invasor. Más que la fuerza física de la milicia israelita, fue la potencia de su dios, que los cananeos terminaron por reconocer como más fuerte, o superior, que el suyo, ya que logró derrumbar sus muros. El libro de Josué relata que

Ahora, Jericó estaba cerrada, bien cerrada, a causa de los hijos de Israel; nadie entraba ni salía. Mas Jehová dijo a Josué: [...] Rodearéis, pues, la ciudad todos los hombres de guerra, yendo alrededor de la ciudad una vez; y esto haréis durante seis días. Y siete sacerdotes llevarán siete bocinas de cuernos de carnero delante del arca; y al séptimo día daréis siete vueltas a la ciudad, y los sacerdotes tocarán las bocinas. Y [...] todo el pueblo gritará a gran voz, y el muro de la ciudad caerá. [Al séptimo día] el pueblo gritó, y los sacerdotes tocaron las bocinas; y aconteció que cuando el pueblo hubo oído el sonido de la bocina, gritó con gran vocerío, y el muro se derrumbó. El pueblo subió luego a la ciudad, cada uno derecho hacia adelante, y la tomaron.²



Hubert Robert, *A Hermit Praying in the Ruins of a Roman Temple*, 1760

Más que el poderío de las bocinas de cuerno de carnero, me parece interesante un dato adicional. Rahab, prostituta que albergó a espías israelitas contra la voluntad expresa del rey de Jericó, vivía dentro de los muros de la ciudad. Los espías escapan de Jericó y de la persecución del rey, quien sabía que Josué los había mandado con ayuda de Rahab: “ella los hizo descender con una cuerda por la ventana; porque su casa estaba en el muro de la ciudad, y ella vivía en el muro.”³ Rahab los ha escondido y los ha ayudado a escapar porque ha hecho un pacto con ellos; cuando los israelitas tomen la ciudad, perdonarán la vida a ella y a su familia, y en efecto, una vez que el dios de los israelitas había derrumbado el muro de Jericó, el ejército de Josué entró y destruyó “a filo de espada todo lo que en la ciudad había; hombres y mujeres, jóvenes y viejos, hasta los bueyes, las ovejas, y los asnos [...] Mas Josué salvó la vida a Rahab la ramera, y a la casa de su padre, y a todo lo que ella tenía; y habitó ella entre los israelitas hasta hoy, por cuanto escondió a los mensajeros que Josué había enviado a reconocer a Jericó.”⁴ El relato sobre los muros de Jericó es interesante justamente por la posición de Rahab. Desde el inicio queda claro, cuando el rey de Jericó se entera de la presencia de espías en su ciudad y manda cerrar las puertas, que las murallas de Jericó,

además de proteger físicamente la ciudad, actúan como deslinde entre dos pueblos religiosos que se identifican como comunidad a través de su creencia y que determinan la otredad de la misma manera. Pero el muro sirve también como espacio intersticial, tiene volumen: es ahí donde se hospeda quien no pertenece claramente a ninguno de los bandos, a saber, Rahab. Ella ha oído del poder del dios de los israelitas, sabe que ha partido el mar Rojo y el río Jordán, que ha destruido las ciudades de Sehón y de Og, y confiesa reconocer su superioridad.⁵ Dentro del muro, al negociar con los espías israelitas, Rahab se desmarca de Canaán, pero no forma parte todavía del pueblo de Israel: habita el muro, la franja⁶ que separa a ambos, que hace de la ciudad un interior donde los cananeos pululan entre sí, y, al mismo tiempo, delimita el exterior, donde esperan los israelitas, como el lugar de la otredad.

La bellísima muralla de Troya

Aunque es muy probable que los muros de Jericó sean los más antiguos de que tenemos evidencia, resulta casi indiscutible que los de Troya sean los que gozan de más fama. Construidos por los dioses Poseidón y Apolo, los muros de Troya no sólo cumplían la función de todo muro, ser inexpugnables,



Jacob van Ruisdael, *Landscape with a Mill-run and Ruins*, 1653

sino que además poseían aquella dimensión simbólica de la que hablamos: la belleza. Robert Graves nota que, mucho tiempo antes de la guerra de Troya,

[...] un rey troyano llamado Laomedonte consiguió toda la ayuda que necesitaba de dos importantes dioses, Poseidón y Apolo. Éstos se habían rebelado contra Zeus todopoderoso, líder de los dioses del Olimpo, quien les había sentenciado a ser esclavos de Laomedonte durante todo un año. Poseidón construyó gran parte de la muralla bajo las órdenes del rey, mientras que Apolo tocaba el arpa y cuidaba de los rebaños reales. Eaco, un colono locrense, construyó la muralla delante del mar. Desde luego, no era tan fuerte como las construidas por los dioses.⁷

La belleza del muro de Troya se menciona en el canto XXI de la *Iliada*, cuando la traición de Laomedonte es traída a cuenta durante la batalla junto al río, ante los muros de Troya. Poseidón recuerda a Apolo que él cercó “la ciudad de los troyanos con un muro ancho y hermosísimo, para

hacerla inexpugnable,” mientras que Apolo pastoreaba “bueyes de curvas astas en los bosques y selvas del Ida,”⁸ todo para que Laomedonte incumpliera su promesa de pagarles, y los despidiera y amenazara. Este recordatorio serviría para afianzar a Apolo, junto con Poseidón, al bando de los griegos invasores. De aquí resulta interesante que la importancia dada por Poseidón a la venganza palidece ante la posibilidad de que la fama de las murallas de Troya sea opacada. En el canto XII, los dioses observan cómo los aqueos construyen sus propias murallas en las playas de Troya. Poseidón se enfurece y reclama a Zeus:

¡Padre Zeus! ¿Cuál de los mortales de la vasta tierra consultará con los dioses sus pensamientos y proyectos? ¿No ves que los melencidos aqueos han construido delante de las naves un muro con su foso, sin ofrecer a los dioses hecatombes perfectas? La fama de este muro se extenderá tanto como la luz de la aurora; y se echará en olvido el que labramos yo y Febo Apolo cuando con gran fatiga construimos la ciudad para el héroe Laomedonte.⁹

Es bien conocido que uno de los temas centrales de la épica homérica es la fama, el *kleos*. Lograr grandes hazañas aseguraba que se hablara de uno, brindaba fama, pero también había obras que hablaban por el mérito propio, como las murallas de Troya construidas por Poseidón. En la Grecia antigua, edificaciones como ésta gozaban de una enorme importancia, pues garantizaban la fama de quien las erigía. Tanto así que Zeus reconoce la demanda de Poseidón, aun cuando le parezca que la fama de aquel trasciende los muros de Troya. Le responde así:

A un dios muy inferior en fuerza y ánimo podría asustarle tal pensamiento; pero no a ti, cuya fama se extenderá tanto como la luz de la aurora. Ea, cuando los aqueos, de larga cabellera, regresen en las naves a su patria tierra, derriba el muro, arrójalo entero al mar, y enarena otra vez la espaciosa playa para que desaparezca la gran muralla aquea.¹⁰

El mito de la guerra de Troya no sólo se relata en la *Iliada*. También sabemos de él por autores como Hesíodo, Apolodoro de Atenas, Virgilio y



John Martin, *Joshua Commanding the Sun to Stand Still upon Gibeon*, 1816

Quinto de Esmirna, entre otros. Parece haber un acuerdo en torno a la naturaleza inexpugnable de los muros troyanos, al grado de que sólo la astucia de Ulises permitió la captura de la ciudad. El uso del gigantesco caballo garantizaba, en cierta manera, la fama de las murallas construidas por Poseidón, si esta fama sólo descansaba sobre el funcionamiento del muro.¹¹ De ser así, ¿por qué regresaría Poseidón, junto con Apolo y Zeus, después de la guerra, a destruir el muro de los aqueos? En el canto XII, Homero describe cómo, después de que éstos saquearon Troya y se embarcaron para regresar a casa,

Poseidón y Apolo decidieron arruinar el muro con la fuerza de los ríos que corren de los montes ideos al mar [...] Febo Apolo desvió el curso de todos estos ríos y dirigió sus corrientes a la muralla por espacio de nueve días, y Zeus no cesó de llover para que más presto se sumergiese en el mar. Iba al frente de aquéllos el mismo Poseidón, que bate la tierra, con el tridente en la mano, y tiró a las olas todos los cimientos de troncos y piedras que con tanta fatiga echaron los aqueos, arrasó la orilla del Helesponto, de rápida corriente, enarenó la gran playa en que estuvo el destruido muro y volvió los ríos a los cauces por donde discurrían sus cristalinas aguas.¹²

En lo concerniente al significado que los muros de Troya y de los aqueos tenían para los dioses y la mitología griega en general, la *Iliada* deja espa-

cio para la interpretación. Si a esto añadimos que el canto XII sugiere que varias partes del muro de los aqueos fueron destruidas y penetradas por Héctor y el ejército de los troyanos, no resulta aventurado pensar que la funcionalidad de los muros no era el único valor mediante el cual se juzgaban. Algunas traducciones refieren que cuando los aqueos entran a Troya saquean la ciudad; otras afirman que la destruyen por completo. Independientemente de la traducción que se elija, el muro construido por Poseidón había cumplido con su función: protegió la ciudad de ataques externos y lo hizo con tal eficacia que los aqueos tuvieron que recurrir al ardid para ganar la guerra. Aun así, dicha deidad regresa y destruye por completo el muro de los aqueos. La necesidad de ejecutar tal acto parece indicar que la función material de los muros no era, por mucho, lo único importante para los antiguos griegos.

Para pensar el concepto de muro

He presentado dos ejemplos de muros que podrían considerarse originarios o primigenios. A partir de ellos, contamos con evidencias sobre la dimensión simbólica del muro, la cual existe a la par, o excede, su dimensión funcional. Considero que una historia arquitectónica de este elemento —y, por supuesto, de cualquier otra forma, figura o aspecto propio de la arquitectura o el urbanismo— siempre debe tomar en cuenta dicho simbolismo (es más, el recuento histórico-filosófico de Guyer enfatizó en que sólo esta dimensión es importante, puesto que distingue a la arquitectura de otras



Nicolaes Berchem, *Stadswal van Haarlem in de winter, 1647*

disciplinas, ya sean técnicas o artísticas). Enseguida vendría la pregunta sobre cómo elaborar esta historia. De ninguna manera pretendo afirmar que no se ha realizado una historia donde se incluya la dimensión simbólica de la arquitectura, ni que lo propuesto en este ensayo sea radical o inédito; sin embargo, creo que queda una brecha por andar, especialmente desde el punto de vista teórico y metodológico, que permita, en este caso particular, tener más claro el modo de acometer la historia arquitectónica del muro. Hablo de una historia que, además de dar cuenta de las características físicas, arqueológicas, históricas, constructivas, estáticas y dinámicas del muro, también indague en el momento en que se piensa el muro, en el acto subsecuente de su construcción y en la historicidad de su presencia —una vez erigido— y de su latencia. Esto de tal forma que presente el vasto potencial de inconmensurables diferencias que hay en la constante repetición, a lo largo del tiempo, de este elemento que a todas luces aparece tan simple y tan directo.

Sin duda hay varias vertientes académicas que podrían auxiliarnos en esta tarea. Desde las propuestas fenomenológicas de finales del siglo XIX, pasando por las epistemologías adelantadas por la primera Escuela de Fráncfort, hasta

la arqueología foucaultiana y sus derivaciones. De aquí sólo me gustaría tocar una de ellas, la más concisa: la historia conceptual o *Begriffsgeschichte*, y, en particular, uno de los conceptos que esta rama de la historia propuso: la categoría histórica.

Elaborado por el historiador y filósofo alemán Reinhart Koselleck, el concepto de categoría histórica ofrece, creo, una herramienta analítica casi perfecta para abordar esta historia arquitectónica del muro. En 1973, Koselleck publicó *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*,¹³ texto en que encontramos desarrollado su concepto de categoría histórica. Para Koselleck existen ciertos conceptos básicos que nos ayudan a estructurar nuestras experiencias y, por tanto, nuestra historia. En este libro incluye conceptos como experiencia y expectativa, así como dicotomías del tipo amigo/enemigo, adentro/afuera y morir/matar como ejemplos que condicionan toda historia posible.¹⁴ En un artículo reciente sobre las categorías históricas de Koselleck, Christophe Bouton las divide en tres tipos: singulares, generales y universales. En las primeras figuran ejemplos como Ilustración, Reforma y Guerra Fría, por ejemplo, serían conceptos que refieren a una serie específica de eventos. Las generales aplican sucesos distintos en tiempos diferentes,

a saber: progreso, movimiento, crisis y nación. Las universales, por último, para toda experiencia histórica en cualquier periodo o lugar: espacio, tiempo, expectativa, agencia y generación.¹⁵ Lo relevante en el caso de la propuesta de Koselleck sería entender cómo la combinación de categorías históricas universales, aplicables sin importar el contexto, con otras singulares y generales —que cambian según cómo son entendidas dentro del lapso en el cual se encuentran— puede producir constelaciones complejas de categorías¹⁶ que permiten dialogar sobre las particularidades de una época y la manera en que éstas se relacionan con las constantes históricas.

Así pues, ¿qué aportarían las categorías históricas de Koselleck a una historia arquitectónica del muro tal y como la describimos anteriormente? Creemos que nos permitirían pensar en los muros construidos a lo largo de la historia como en repeticiones variables, es decir iteraciones que cambian constantemente aunque conserven su forma. Hacia el final de *Futuro pasado*, Koselleck menciona que hay ciertas categorías “empapadas de realidad,” las cuales nos remiten a un campo semántico real, donde la práctica antropológica de significar presupone, a la vez, excluir. En este caso, toda categoría estaría relacionada con otra

o varias más: “la categoría de trabajo, entonces, refiere a la del descanso, la de la guerra a la de la paz, y la de una frontera a la de un espacio interior y otro exterior.”¹⁷ Si la experiencia humana del mundo sólo puede hacerse inteligible y comunicable mediante las categorías históricas, quiere decir que los muros, en tanto construcciones, serían materialización y evidencia de la categoría de frontera, de deslinde, en tanto categoría universal.¹⁸ Y si el lector concede lo anterior, la categoría de deslinde actuaría como condición que posibilita no nada más el pensar, sino también el hacer, el adentro y el afuera. Los muros serían una evidencia espacial y material de lo que Foucault llama nuestra práctica milenaria: la distinción entre lo mismo y lo otro.¹⁹

Por tanto, propongo que una manera interesante de proceder en esta historia arquitectónica del muro sería entenderlo desde la combinación de dos categorías históricas. La primera, el deslinde, por su naturaleza universal, correspondería a cada iteración del muro en la medida de que éste, en cualquier lugar y tiempo, se erige como una delimitación física del espacio.²⁰ Esta materialidad presenta y hace visible una separación, distinción o delimitación espacial, que a su vez hace posible el par de categorías antes mencionadas, espacio interior/espacio exterior,²¹ o si el lector prefiere una abstracción más general, espacio mismo/espacio otro. La segunda sería el par amigo/enemigo. Sin duda el deslinde puede delimitar numerosos aspectos. El primero sería el espacio mismo, pero pareciera que, en su gran mayoría, los muros son construidos para separar a un grupo de personas de aquello que identifica como su enemigo. Este segundo par de categorías históricas, por generales, son la puerta que nos permitiría acceder a otra dimensión del elemento construido, la simbólica. Recordemos que a lo largo de la historia de la arquitectura, desde los tratados de Vitruvio hasta la filosofía expresivista, lo simbólico, como cualidad o expresión de belleza o de ideas estéticas, ha sido lo que distingue a un mero elemento de la construcción o de la ingeniería de uno arquitectónico.²²

La combinación anterior permitiría corroborar cierta naturaleza estática del muro que serviría como herramienta para aproximarnos a las diferentes maneras en que cada sociedad hace uso de los muros para materializar las delimitaciones que ha determinado. Si, en efecto, nuestras sociedades se caracterizan por una práctica milenaria, la determinación de qué es lo mismo y qué lo otro, entonces los muros son el elemento material que espacializa y hace visible dicha determinación de manera particular. Es lógico pensar que esos mismos muros pueden servirnos como evidencia para acceder a espacios y determinaciones pasadas, que están perdidas para nosotros a no ser de los recursos arqueológicos que dejaron. La dimensión simbólica no es accesible, claro está, por medio de la materialidad del muro o de sus restos, de manera que debemos abrirnos paso por otros caminos.

Franquear el muro (a modo de conclusión)

La cantidad de muros que por su simbolismo resuenan en nuestra memoria es vasta. En los casos de Jericó y Troya, la literatura nos aporta un medio para aproximarnos a su dimensión simbólica, pero no podemos asumir que siempre será así. Los muros de Nabucodonosor II y de Adriano son otros ejemplos de la antigüedad, así como la gran cantidad que proliferó durante la Edad Media, desde los puramente simbólicos, como el Heidenmauer, de James Fenimore Cooper,²³ o las divisiones imponentes y tajantes del Infierno de Dante, hasta los íntegramente funcionales, como los que irrumpieron en el paisaje occidental en forma de castillos, monasterios y fortalezas. Hacia el siglo XIV, la artillería cambió el panorama, y la caída de los muros de Constantinopla a manos de Mehmed II, bellamente relatada por Stefan Zweig,²⁴ marcó una nueva época.

En adelante, la modernidad explotó la forma y la función de los muros. Dejaron de mantener fuera a la otredad disfrazada de invasores y bárbaros, y pasaron a contener la otredad al interior de la sociedad, a separar y, con ello, determinar a los locos, los criminales y los enfermos. Las penitenciarías, los hospitales y las cárceles servirían de prototipo para los muros del siglo XX, muros cuyo objetivo era aislar los elementos que amenazan la homogeneidad de una sociedad moderna y civilizada. El muro de Berlín, los de Gaza y de Cisjordania, así como el fronterizo entre nuestros países y, en especial, todos aquellos que recuerda Ortiz y que encierran fraccionamientos y clubes de golf, o que simplemente nos encierran dentro de nuestra propia casa, son el último eslabón de la historia arquitectónica del muro que aquí se propone. La dimensión simbólica de algunos puede ser abordada por medio de la literatura; la de otros, mediante la poesía, el cine, el drama o la televisión; la de unos cuantos más, quizá no cuenta con un medio de fácil acceso. En suma, el trabajo por realizar consistiría en encontrar el significado de cada uno, lo que cada sociedad y época dice sobre sus muros y, por supuesto, lo que los muros nos dicen de las sociedades y las épocas.



Robert Gibb, *The Closing of the Gates at Hougomont*, 1903

Notas

1. Arturo Ortiz Struck, "El subconsciente en el muro," en *Estudios Críticos de la Cultura*, <http://www.estudioscriticosdelacultura.com/articulos/index/33> (Fecha de consulta: julio de 2017).
2. Jos., 6: 1-5, 20-21 (Reina-Valera, 1960).
3. Jos., 2: 15.
4. Jos., 6: 21-25.
5. Jos., 2: 10-13.
6. Para una interesante interpretación del concepto franja, ver Eliza Mizrahi, *La franja: producción y síntoma de la política* (tesis de doctorado), (Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, 2015).
7. Robert Graves, *La guerra de Troya* (Barcelona: Muchnik, 1999), 10.
8. Homero, *Iliada*, canto XXI (México: Porrúa, 1986), 440-450.
9. Homero, *Iliada*, canto XII, 445-455.
10. Homero, *Iliada*, canto XII, 455-465.
11. Cabe mencionar que existe un mito según el cual, años antes de la guerra de Troya, Hércules saqueó la ciudad después de que su rey se negó a pagarle lo prometido por matar a la serpiente de mar que Poseidón había mandado para destruirla.
12. Homero, *Iliada*, canto XII, 455-465.
13. El título original es *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*. Las referencias que se hagan en este texto provienen de la versión en inglés: Reinhart Koselleck, *Futures Past. On the Semantics of Historical Time* (Nueva York: Columbia University Press, 2004). Las traducciones son mías.
14. Reinhart Koselleck, *Futures Past*, 255-259. Koselleck afirma que sólo experiencia y expectativa (reelaboradas como espacio de experiencia y horizonte de expectativa) son categorías metahistóricas, es decir necesarias para toda historia posible.
15. Christophe Bouton, "The Critical Theory of History: Rethinking the Philosophy of History in the Light of Koselleck's Work," *History and Theory* 55-2 (2016): 173-181. Por agencia, Koselleck se refiere a un estado de accionar o de ejercer poder, una operación, mientras que por generación entiende las sucesiones de descendencia/ascendencia familiar en línea recta.
16. Christophe Bouton, "The Critical Theory of History," 176.
17. Reinhart Koselleck, *Futures Past*, 257.
18. Se entiende deslinde como la delimitación en el espacio. De la misma manera que Koselleck aplica o actualiza las categorías de experiencia y expectativa al volverlas espacio de experiencia y horizonte de expectativa, con el deslinde pretendo una actualización de la categoría delimitar o determinar mediante su espacialización. También cabe enfatizar en que ni Koselleck ni Bouton mencionan frontera o la dicotomía adentro-afuera como categorías metahistóricas/universales. Esta propuesta es mía y de momento se presenta meramente como una sugerencia, una hipótesis que tendría que sustentarse con mayor profundidad en un trabajo futuro.
19. Ver "Prefacio" en Michel Foucault, *Las palabras y las cosas* (México: Siglo XXI Editores, 2010).
20. Estoy consciente no sólo de la posibilidad, sino de la abundancia de muros metafóricos; sin embargo, en lo que a este escrito se refiere, estas construcciones sólo importan como elementos arquitectónicos, es decir cuando dependan de cierta cualidad material, ya sea en su idealización/proyecto o en su existencia física.
21. Debe recordarse que el par funciona como relación, lo que significa que todo espacio exterior no lo sería en sí sino exterior en relación con el interior, esto es exterior al interior.
22. Para esta discusión ver Paul Guyer, "Kant and the Philosophy of Architecture," *The Journal of Aesthetics and Art Criticism* 69-1, *The Aesthetics of Architecture: Philosophical Investigations into the Art of Building* (invierno de 2011): 7-19.
23. James Fenimore Cooper, *The Heidenmauer: The Benedictines* (Nueva York: Fredonia Press, 2003).
24. Stefan Zweig, *Momentos estelares de la humanidad* (Barcelona: Acantilado, 2003).

William Brinkman-Clark

Arquitecto, maestro en Historia

Universidad Iberoamericana

Doctor en Arquitectura

Universidad Nacional Autónoma de México

Profesor

Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Iberoamericana

✉ wbc@codzs.com